



Íconos. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1390-1249

ISSN: 1390-8065

FLACSO Ecuador

D'Aubeterre-Buzneg, Eugenia; Rivermar-Pérez, Leticia
Movilidades y cadenas de valor en una localidad nahua de la Sierra Norte de Puebla, México
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 63, 2019, Enero-Abril, pp. 55-73
FLACSO Ecuador

DOI: <https://doi.org/10.17141/iconos.63.2019.3378>

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50958532004>

- ▶ [Cómo citar el artículo](#)
- ▶ [Número completo](#)
- ▶ [Más información del artículo](#)
- ▶ [Página de la revista en redalyc.org](#)

 redalyc.org

Sistema de Información Científica Redalyc
Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso
abierto



ISSN: 1390-1249

DOI: <http://dx.doi.org/10.17141/iconos.63.2019.3378>

Movilidades y cadenas de valor en una localidad nahua de la Sierra Norte de Puebla, México

Mobility and Chain Value in a Nahua Town in the Northern Highlands of Puebla, Mexico

Mobilidade e cadeias de valor em uma cidade Nahua na Sierra Norte de Puebla, México

Eugenia D'Aubeterre Buzneg
Leticia Rivermar Pérez

Fecha de recepción: 5 de febrero de 2018
Fecha de aceptación: 16 de octubre de 2018

dossier

Resumen

Documentamos en este artículo la complejidad de la experiencia de clase de poblaciones rurales excedentes que oscilan entre períodos de movilidad restringida por relaciones de dependencia y momentos de libre circulación en el proceso de ser absorbidos por el capital. El trasfondo del análisis es una etnografía clásica de un pueblo de habla nahua de la Sierra Norte de Puebla, en el centro de México, realizada durante la década de 1960. Focalizamos variados sitios etnográficos donde se desencadenan flujos de valor lejos de los productores, con el fin de hacer visibles a mujeres y jóvenes como sujetos económicos, cuyo trabajo suele ser opacado bajo las categorías censales de “amas de casa” y “estudiantes”.

Descriptores: Puebla; México; poblaciones excedentes; movilidades rurales; cadenas de valor.

Abstract

In this article we document the complex class experience of rural surplus populations that oscillate between periods of restricted mobility because of their relationships of dependence and moments of free circulation in the process of being absorbed by capital interests. The backdrop of this analysis is a classical ethnography of a Nahua speaking town in the Northern Highlands of Puebla, in the center of Mexico, which took place in the 1960s. We focus on the various ethnographic sites where flows of value were set off far away from producers, with the objective of making women and young people visible as economic subjects given that their work tends to be obscured by the census categories of “housewives” or “students”.

Keywords: Puebla; Mexico; Surplus Populations; Rural Mobility; Chains of Value.

Resumo

Documentamos neste artigo a complexidade da experiência de classe de populações rurais excedentes que oscilam entre períodos de mobilidade restrita por relações de dependência e momentos de livre circulação no

Eugenia D'Aubeterre Buznego. Doctora en Antropología Social por la Escuela Nacional de Antropología, México. Profesora e investigadora, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

✉ eugeniadaubeterre@gmail.com

Leticia Rivermar Pérez. Doctora en Antropología por la Universidad Autónoma de México. Profesora e investigadora, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

✉ lrivemar@gmail.com

1

processo de ser absorvidos pelo capital. O pano de fundo da análise é uma etnografia clássica de um povo de língua nahua da Sierra Norte de Puebla, na região central do México, realizada durante a década de 1960. Temos como foco diversos locais etnográficos onde são acionados fluxos de valor longe dos produtores, com a finalidade de tornar visíveis mulheres e jovens como sujeitos econômicos, cujo trabalho é geralmente ofuscado pelas categorias censitárias de “donas de casa” e “estudantes”.

Descritores: Puebla; México; populações excedentes; mobilidade rural; cadeias de valor.

Introducción

En la Sierra Norte de Puebla, en el centro de México, se asientan poblaciones nahuas, otomíes, totonacas, tepehuas y mestizas en decenas de rancherías, pueblos y pequeñas ciudades. Estudios etnohistóricos proporcionan valiosa información sobre la región (García 1987). Señeras etnografías han dado cuenta de la cosmovisión de esos grupos étnicos, analizan procesos de aculturación y tradiciones orales (Galnier 1987; Montoya 1964). Se documentan costumbres y prácticas religiosas y de sanación (Signorini y Luppo 1989); otros autores examinan el accionar de los sistemas de cargos político-religiosos, los grupos domésticos y el parentesco (Taggart 1975; Arizpe 1972); así como la amenazada supervivencia de las lenguas vernáculos y sus variantes lingüísticas (Lastra 1980).

En los últimos años, ha interesado el impacto de la crisis de la caficultura y de la actividad extractiva de empresas mineras en esa región (Rappo et al. 2015). Las transformaciones en el uso del espacio y “la desaparición del mundo rural como marco de referencia dominado por lo agrícola y su reemplazo por la cultura moderna” concitan la atención de otros (Chamoux 2006, 48). Se estudia la reactivación de la zona mediante la puesta en marcha del programa gubernamental Pueblos Mágicos.¹ También se ha dado cuenta de la migración a Estados Unidos (Mora 2011; D'Aubeterre y Rivermar Pérez 2018 y 2014).

Poco se ha indagado la relación entre la movilidad de las poblaciones y los procesos de acumulación desde la perspectiva de la antropología política crítica. En este artículo exploramos esta conexión apoyándonos en debates que subrayan la importancia analítica de la categoría de clase en el estudio de las complejidades del capitalismo contemporáneo. Esa perspectiva permite pensar los difusos contornos de categorías presentes en etnografías y registros censales tales como campesino, artesano, ama de casa, estudiante, que a menudo ocultan las contradicciones subyacentes (Kalb 2015; Lem 2007; Roseberry 1976). Presentamos un análisis de información de campo recabada entre 2007 y 2015 en Atla, localidad nahuatlata del municipio de Pahuatlán.²

1 Aprobado en 2001, este programa gubernamental pretende reactivar las economías por medio de la actividad turística en zonas que perdieron su vocación agrícola.

2 El municipio de Pahuatlán, enclavado en la parte noroccidental de la Sierra Norte del estado de Puebla, contaba en 2010 con 20 618 habitantes, de los cuales 48,1% eran hablantes de alguna lengua indígena (otomí o náhuatl). Ese mismo año, Atla tenía 2172 pobla-

La reflexión se inscribe en un estudio más amplio sobre procesos de proletarización que focalizó un ciclo corto de migración acelerada (Binford 2003) en el estado de Puebla durante la década de 1990 y su contención entre 2007 y 2008, los años más álgidos de la crisis económica y financiera estadounidense (D'Aubeterre y Rivermar Pérez 2014).

Comparativamente, en Atla registramos el más bajo índice migratorio a Estados Unidos entre 1980 y 2007 en este municipio. Atla se sumó tardíamente a este flujo, por lo que las remesas durante el período de mayor auge de la migración internacional (1995-2005) eran comparativamente más bajas (AMUCS).³ El dato parecía indicar que los atlecos habían permanecido retenidos en el territorio, orientados a la agricultura de autoconsumo, ajenos a la migración “emergente” y “acelerada” a Estados Unidos registrada durante la década de 1990. Sin embargo, el progresivo acercamiento etnográfico desde otra perspectiva teórica nos permitió matizar esta primera impresión.

En realidad, muchas familias del lugar habían tenido un pie en la agricultura y otro en la manufactura a lo largo del siglo XX, ya sea en el trabajo en los cañales, la fabricación de piloncillo y, en décadas más recientes, en talleres artesanales y de maquila, en espacios domésticos y huertas cafetaleras o en las industrias de la construcción o restaurantera de la Ciudad de México y el sureste estadounidense. Sostenemos que, con frecuencia, vínculos de parentesco, amistad o paisanaje encubren variadas formas de explotación que distorsionan relaciones de clase, difíciles de advertir en tanto no expresan siempre una experiencia de trabajo colectiva y una clara distinción entre el dueño de los medios de producción y trabajadores disciplinados. Nuestro análisis revela que, en diversas actividades manuales y oficios artesanales, se desencadenan flujos de valor que siguen tortuosos y erráticos caminos lejos de los productores, escapándose de un lugar para refugiarse en otro durante un tiempo, escurriéndose de nuevo hacia otros lugares, así como se ocultan los elusivos misterios de su acumulación (Smith 2015, 77).

Cañales y huertas cafetaleras de Atla, pero también hogares y pequeños talleres domésticos, son sitios de explotación en los que se configuran, selectivamente de acuerdo con género y edad, experiencias de clase (Roseberry 1976; Lem 2007). En esos variados sitios predomina la desregulación de las relaciones laborales, colocando a estas poblaciones rurales en un perenne estado de “sobrevivencia informal” (Green 2009, 330). El desmantelamiento de la caficultura social⁴ en 1989 exacerbó

dores, 88,35% hablantes de náhuatl (INEGI 2010). Esta localidad se ubica a 7,5 kilómetros de la cabecera municipal, Pahuatlán de Valle; una sinuosa carretera de terracería conecta Atla con esa villa mestiza.

3 Un micro-banco de la Asociación Mexicana de Uniones de Crédito del Sector Social AC (AMUCS) opera en Pahuatlán desde 2003. Los micro-bancos están presentes en más de 40 comunidades indígenas que carecen de servicios financieros bancarios. Ver: <http://www.impactinsuranc.org/es/node/1756>

4 Mediante un sistema clientelar de producción y control político partidario, el Instituto Mexicano del Café (INMECAFE), creado en 1958, dirigió técnica y financieramente a los llamados “productores sociales” como proveedores de materias prima, para apuntalar la exportación del aromático (Macip 2005, 60).

la pluriactividad tanto de los individuos como de los hogares de la región, que ya durante la década de 1950 habían provisto temporalmente de contingentes de varones a la agricultura estadounidense en el marco del Programa Bracero, acuerdo firmado entre los dos países, vigente entre 1942-1964. Después de un período de latencia, la migración de pahuatecos a Estados Unidos, con un fuerte sesgo masculino, despuntó, se aceleró y masificó a partir de la década de 1990, desorganizándose un patrón de desplazamiento circular. Desde entonces, este municipio ha subsidiado la economía del sureste estadounidense vía el abastecimiento de trabajo barato, precario y deportable (De Genova y Peutz 2010), contribuyendo a la “latinización”⁵ de esa región.

Este artículo está organizado en cinco apartados. Primero exponemos las estrategias metodológicas; después discutimos las coordenadas teóricas que orientan el análisis de los circuitos y movilidades en la localidad de estudio. En el tercer apartado presentamos evidencias de las transiciones y cambios en las formas de extracción de valor y en las movilidades de los atlecos. En el cuarto analizamos el trabajo artesanal de bordados desempeñado por mujeres de dos generaciones para visibilizar el género en la formación de clases trabajadoras. En la última sección analizamos la opacidad de dos categorías censales, “amas de casa” y “estudiantes”, para mostrar la segmentación de experiencias marcadas por la oscilación entre formalidad e informalidad.

58

Metodología

Inicialmente interesadas en analizar la relación migración-educación entre jóvenes de tercer grado de secundaria y bachillerato, aplicamos en 2007 en Atla un cuestionario a 68 estudiantes de la Telesecundaria Juan García Rulfo y a 42 del Bachillerato General Telpochcalli, que nos proporcionó información sobre sus hogares. Además, sostuvimos pláticas informales y organizamos grupos focales con profesores y estudiantes. Entre 2007 y 2015, realizamos entrevistas a profundidad a hombres y mujeres de dos generaciones (10 personas en total) para desentrañar la antigüedad de los flujos migratorios internos y a Estados Unidos, e historias laborales. En nuestros recorridos de campo, registramos las transformaciones en Atla tomando como línea de base la etnografía de Jesús Montoya (1964), de mediados del pasado siglo en esa localidad.

5 La llamada “latinización del sur” es muestra de la incrementada presencia de poblaciones centroamericanas, sudamericanas y caribeñas, antes asentadas en destinos tradicionales en Estados Unidos, que integraron en la década de 1990 corrientes migratorias internas, conjugadas con nuevos e incrementados flujos procedentes del centro y sur de México. El término también alude a la reestructuración económica que reconfiguró una vasta región integrada por 11 estados; remodeló sitios de vida e identidades, resquebrajando la petrificada formación bi-racializada preexistente (Popke 2011; Mohl 2003).

Coordenadas teóricas para el análisis de las movilidades en una zona de añeja vocación agrícola

Narotzky y Smith (2010) subrayan la maleabilidad e inestabilidad histórica de las clases trabajadoras, destacan el papel del género en el proceso de formación de la clase. Asumimos que las movilidades están determinadas por la desarticulación y rearticulación de condiciones de reproducción de las poblaciones rurales bajo las nuevas oleadas de expansión capitalista. Pero no todos logran “encontrarse con el capital” de una vez y para siempre (Li 2010), la mayoría son absorbidos intermitentemente, temporalmente o en fases muy acotadas de sus vidas, experiencia que puede diferir entre una generación y otra.

La absorción aleatoria, inestable y oscilante de súper poblaciones relativas (Marx 2009, 543 y 549), que combinan estancias laborales dentro y fuera de sus regiones de origen, desafía la figura del obrero fordista (varón/proveedor/jefe de hogar) como “relato teleológico” o “tradición selectiva” característica de la fase del capitalismo industrial, que dominó en las ciencias sociales (Smith 2015). Al analizar procesos de formación de las clases trabajadoras en las décadas de 1970 y 1980 en los Valles Centrales de Oaxaca, Cook y Binford (1995, 27) advirtieron la exacerbada tendencia de “desproletarizar parcialmente” la mano de obra rural, reduciendo su costo al “informalizar” ciertas operaciones mediante la subcontratación de trabajo a domicilio en talleres artesanales, la evasión del pago de salarios mínimos y prestaciones.

Nuestro análisis se despliega en torno a las configuraciones de clase, género y generacionales en una zona con una larga historia de agricultura de subsistencia y comercial, combinada con la pequeña industria rural: fabricación de piloncillo, aperos de labranza y bienes para el autoconsumo (huaraches, papel amate y prendas de vestir bordadas), que devinieron en artesanías orientadas al mercado urbano. Ambas actividades han moldeado social y culturalmente a las poblaciones allí asentadas –indígenas y mestizos, hombres, mujeres y niños–, relaciones sociales, experiencias laborales, saberes y oficios que han disciplinado sus cuerpos, organizado sus rutinas diarias y alentado o restringido los desplazamientos dentro y fuera de la región de acuerdo con el género y en determinados momentos del ciclo de vida.

Entre las condiciones de reproducción de las poblaciones serranas destacamos los efectos de contingencias climáticas (lluvias torrenciales en verano y heladas en invierno, previas al corte de café) en una región de intensa nubosidad que se impacta en la vertiente este de la Sierra Madre Oriental, originada por los vientos alisios que atraviesan el Golfo de México (Montoya 1964, 24). Pesan más en sus vidas los imponderables ligados con la producción de caña de azúcar y café bajo un régimen minifundista, los giros de la economía nacional y global, y la cambiante relación de los campesinos con el Estado durante el siglo XX y lo que va del presente, que hacen que la vivencia de la incertidumbre persistente y crónica se dé en tiempos más cortos

que una generación (Narotzky y Smith 2010). Tal inestabilidad condiciona la capacidad de respuesta frente a las contingencias. Observamos en las historias de movilidad en la región la tensión entre fuerzas que retienen a las poblaciones en el territorio al crear compulsivos vínculos sociales de dependencia y, sucesivamente o traslapadas, fuerzas que catapultan la mano de obra hacia otros lugares (Narotzky y Smith 2010), ejerciendo presión sobre la obtención de plusvalía absoluta de los campesinos/artesanos y sus familias.

Caña de azúcar, relaciones de dependencia y movilidades

La caña de azúcar fue uno de los cultivos más rentables que se extendieron desde el pie de monte y la Sierra antes que terminara el siglo XVI (Ruvalcaba 1991). Procesada en rudimentarios trapiches con molinos de madera para la producción de piloncillo, el endulzante se mantuvo entre las mercancías indígenas de mayor importancia desde aquella época hasta mediados del siglo XX. Este producto abasteció prósperas fábricas de alcohol de Huauchinango en el siglo XIX (Chamoux 2006) y las élites de la región se disputaron su control (Villegas 2017). Durante la década de 1960, persistía la rudimentaria tecnología y organización del trabajo en ranchos y sitios cañeros que, entre febrero y abril, demandaban trabajadores para el corte y fabricación del dulce (“pailada”) bajo un estricto y continuo ritmo de producción (Montoya 1964). Desde luego, este proceso productivo nunca alcanzó el grado de complejidad técnica y la avanzada organización del trabajo de las plantaciones cañeras de la cuenca caribeña en el siglo XVII, basado en la explotación de mano de obra esclava, descrito por Mintz (1996). No obstante, el trapiche, en tanto pequeña industria rural, fue uno de los espacios clave de moldeamiento de la clase en nuestra región de estudio.

En la descripción de Montoya (1964) sobre la producción de piloncillo en Atla, se advierten velados vínculos de dependencia, la compulsión del endeudamiento a lo largo del ciclo productivo, la explotación del trabajo familiar impago en las parcelas y la contratación de trabajo asalariado durante la temporada de corte y molienda en los trapiches. Montoya observó la concentración de la tierra cultivable de mejor calidad en manos de ocho jefes de familia que poseían entre 20 y 60 hectáreas, mientras que la mayoría de los productores minifundistas estaban obligados a solicitar en préstamo o renta parcelas, animales de tracción, trapiches y demás aperos. La cuarta parte de los jefes de familia carecía de tierras de cultivo, contratándose como peones en la localidad o estacionalmente en las zonas bajas de la Sierra y las planicies costeras del Golfo de México.

Pero Montoya no reparó en los mecanismos mediante los cuales se direccionaban los flujos de valor desde la gente que lo producía hacia donde se acumulaba. Tampoco en prácticas y relaciones que aparentemente poco tienen que ver con lo

económico (Smith 2015). Enaltecidas tramas de parentesco y amistad, ayuda mutua, confianza y solidaridad (Chamoux 2006; Arizpe 1972; Montoya 1964) suelen estar en el trasfondo de la movilización y explotación de la fuerza de trabajo (Wolf 1987). El obscurecimiento de estas relaciones se debe a que la noción de “comunidad” ha estado cargada de un poderoso romanticismo y, más importante aún, del tipo de separación selectiva construida sobre el modelo de industrialización que convierte a la comunidad rural en una imagen en espejo de la ciudad industrial. En esa perspectiva, parentesco y comunidad son equiparadas con nociones de mutualidad, asumiéndose por extensión que la cohesión de la comunidad local y con ella el rol social y organizativo de las mujeres habrían sido rotos por el avance del capitalismo y el mercado (Smith 2002, 262).

El valor excedente generado en la producción cañera y la fabricación del piloncillo se acumulaba merced a mecanismos de desposesión, préstamo, usura y compra anticipada. En la cabecera municipal se concentraban los productos agrícolas de la región y transportaban al centro del país. Entre agiotistas, acaparadores, bodegueros, intermediarios, comerciantes, medianos y grandes propietarios se repartían los mayores beneficios. Inserta en circuitos comerciales que desbordaban sus confines territoriales, la villa mestiza era una pieza más del engranaje de la economía capitalista nacional. La articulación de estas cadenas de valor (Smith 2015, 77) allende la región desde siglos atrás, fue facilitada, primero, por el trasiego de recuas de mulas, después por el ferrocarril y, posteriormente, por vehículos automotores. El siguiente testimonio de Calixto Castelán, de 76 años de edad, de oficio transportista, ilustra los sinuosos caminos y los lugares en los que circulaba y anidaba el valor durante la década de 1960:

El piloncillo que se producía aquí, en Pahuatlán, le andaban buscando mercado los comerciantes. [...] Mandaban sus productos a [la estación de Chila] Honey, piloncillo, café, plátanos, piñas, ahí tenían [sus] bodegas. Llevaban todo el producto a caballo, en bestias y ahí lo almacenaban. En Zacatlán [municipio del oriente de la Sierra Norte de Puebla] había dos fábricas de aguardiente, de destilación continua. [También] me tocó llevar piloncillo a [la fábrica] Ron Castillo, allá en [la Ciudad de] México (entrevista a Calixto Castelán 2008).

Sostenemos que la apropiación del excedente en los sistemas campesinos se da, principalmente, por medio de la renta. Esta es una categoría amplia que abarca no solo la explotación de la fuerza de trabajo para la extracción de plusvalor, sino también intereses o préstamos, la preventa forzada del producto a menor precio que en el mercado, la apropiación de una porción del valor mediante la intermediación, el transporte, el acaparamiento y el endeudamiento de los pequeños productores (Roseberry 1976). Eventualmente, los atlecos sorteaban esta expoliación vendiendo directamen-

te su producción a una escala minúscula en la estación de ferrocarril de Chila Honey o en el tianguis dominical de la cabecera municipal:

Mi mamá trabajaba en el campo diario y cuando no trabajaba juntaba fruta y se iba caminando a Honey a vender allá, en el tren, miércoles y domingo. Llevábamos mucho, dos bultos, y había tiempos buenos o tiempo de llovizna. Y luego las mulas se avientan, puro lodo hasta aquí, en su pecho (entrevista a Dominga, 69 años, bordadora, madre de un migrante retornado de Carolina del Norte, 2009).

¿Qué nos aporta cinco décadas después la etnografía de Montoya para emprender el estudio de las movilidades en esta zona? El autor trata los desplazamientos de los atlecos solo como un desencadenante de procesos de aculturación. Basándose en el modelo de las “bolas de billar” que alude al “choque” de distintos elementos propiciando cambios socioculturales (Wolf 1987), Montoya señaló que los contactos con el exterior consistían en asiduos desplazamientos con fines rituales y comerciales al Distrito Federal –hoy Ciudad de México– y a Tulancingo, Hidalgo. Los atlecos permanecían hasta dos o tres meses en las regiones bajas y cálidas del norte de Puebla y Veracruz (La Ceiba, Poza Rica y otras poblaciones) allegándose de mejores salarios (Montoya 1964, 32). Nuestros datos confirman lo advertido por Montoya.

El testimonio de Pedro de la Cruz, campesino de 73 años de edad, ilustra la inestabilidad e intermitencia que moldea la experiencia de clase de los hombres de su generación, la condición de pluriactividad, tanto individual como familiar, que se manifiesta cuando una persona realiza “[...] una variedad de ocupaciones muy diferenciadas en un único marco temporal simple” (Narotsky y Smith 2010, 47), o al transitar por una serie de actividades durante su curso de vida en respuesta a la incertidumbre y al perenne estado de “sobrevivencia informal” (Green 2009).

En [el mercado de] La Merced [de la Ciudad de México] hice la lucha de trabajar [de cargador], pero no ganaba casi. Entonces me iba a trabajar unos 20 días, un mes, al campo, por Santa Cruz [Meyehualco, pueblo del suroriente de la Ciudad de México], ahí sembraban maíz, frijol, tomate; 15 pesos ganaba, después me pagaron 18, después 20, hasta que llegó a 40 pesos. A veces me [iba] por la Sierra, ahí por Poza Rica, a un lado de La Ceiba. Ahí tenía unos patrones y trabajaba la caña, en ese tiempo me iba unos dos meses (entrevista a Pedro de la Cruz 2009).

Además, Montoya (1964, 180) observó que “[...] eran muy raros los que practican el bracerismo, [pero] ocasionalmente se escucha un curioso “o.k.” en calidad de respuesta o de observación”. El siguiente testimonio ilustra la participación selectiva e inestable de los atlecos en último tramo del Programa Bracero (1964). Pedro de la Cruz recordaba que:

[...] se fueron unos poquitos de aquí al “otro lado”, venían los gringos a contratar a la gente en Monterrey. Los señores de Pahuatlán, como saben más historias y como tienen a sus amistades, luego dicen: “Tal día se necesita gente en tal parte. El que se quiera ir, se va”. Nosotros aquí éramos más cerraditos y no podíamos ni hablar [español] ni nada, como que nos daba miedo salir lejos. Me contaba a mí ese señor: “Nosotros fuimos, pero a veces nomás con pura seña porque no podemos hablar [español]” (entrevista a Pedro de la Cruz 2009).

El citado Programa propició en la práctica sujetos administrados bajo dos regímenes de movilidad: uno regulado mediante un convenio firmado por dos Estados que proveyó mano de obra barata y maleable, “no libre”, sujeta a los términos del convenio y, probablemente, a los requerimientos del ciclo agrícola. Bajo un segundo esquema, se desplazó casi en igual proporción una mano de obra “libre”, irregular, sin contrato, desligada de la producción agrícola local y, por lo tanto, “independiente”. Este trabajador “vagabundo” estaba desprovisto de relaciones con figuras clave en las tramas de poder regional, que promovieron la movilidad de hombres jóvenes de la región aptos para este Programa reclutados en la ciudad de Monterrey, en el norte del país (D’Aubeterre y Rivermar Pérez 2014). La existencia de trabajadores “libres” y “no libres”, regulares e irregulares, redundaba en los hechos en fragmentación y abaratamiento de la fuerza de trabajo administrada por el Programa Bracero.

Declive de la producción cañera y emergencia del sujeto artesano

Además de la fuerte nevada de 1963 que destruyó los plantíos en la zona y de la limitada capacidad de los productores minifundistas para recuperarse de estas afectaciones, otros factores detonaron la desarticulación de la producción cañera: la contracción de mercados para el endulzante; bajas ganancias en comparación con los altos costos de producción y flete; limitación de estos productores minifundistas para competir con la masiva producción de los ingenios veracruzanos y falta de acceso a los subsidios estatales. (Romero, en Villegas 2017, 63). Un mermado cultivo de caña en Atla se sostiene hasta nuestros días, reorientando su venta como forraje. La producción de autosubsistencia de básicos (maíz, frijol, calabaza, chile, cacahuete, garbanzo, frutales) sigue siendo, desde los años en que Montoya hizo allí trabajo de campo, verdaderamente marginal.

La confección de blusas y servilletas bordadas emergió entonces como un recurso para las depauperadas familias atlecas. A pesar de que Montoya (1964, 122-123) previó la desaparición de esa actividad femenina en el contexto de la amenazante “aculturación” que observaba, el bordado fue adquiriendo una insospechada importancia en la reproducción de los hogares. Las blusas, parte de la indumentaria “tradicional”

de las atlecas y de las mujeres de localidades nahuas vecinas, se transformaron en mercancías orientadas a satisfacer la demanda de clases medias urbanas y turistas. La confección de blusas se potenció con la utilización de máquinas de coser, instrumento de trabajo que Montoya identificó apenas en unos cuantos hogares. Símbolo de diferenciación social y base del pequeño taller familiar dedicado a la manufactura de prendas para el mercado, valoradas por sus propiedades estéticas y culturales. Del trabajo de las bordadoras –que no requieren ni inversión ni prestaciones sociales–, dotadas de destrezas cultivadas desde niñas, transmitidas de generación en generación y reconfiguradas por los ritmos de la máquina de coser, se desencadenan flujos que se pierden en intrincados caminos donde se acumula el valor vía la velada explotación del trabajo familiar impago y la intermediación de comerciantes locales y foráneos.

Desde la década de 1980, indígenas y mestizas pobres contribuyeron al crecimiento del sector secundario en el municipio (D'Aubeterre y Rivermar Pérez 2014). Sus habilidades como artesanas –haciendo papel amate, confeccionando bisutería de chaquiras o bordando– permiten allegarse de ingresos a madres de hijos dependientes con limitada movilidad, que oscilan entre el trabajo a domicilio y el trabajo como peonas en talleres. Extendidas cadenas de intermediación dirigen el valor de estas productoras hacia zonas turísticas y urbanas.

Cuando yo estaba pequeña, bordaban nada más *pa'l* puro gasto, para ocupar aquí nada más. Pero para tener salida y vender no había. Sabían hacer los bordados los abuelos, pero como no había dónde entregar [la mercancía], solo se hacía para ocuparlo. En el año de 1965 un señor de aquí empezó a comprar y llevaba a vender en otro lado. Se compra su mercancía y se va, le buscaba dónde [venderla], a Chiconcuac, al lado de México, ese Texcoco (entrevista a Lupita, de 58 años de edad, productora y comerciante a consignación de prendas bordadas, 2009).

Durante la década de 1970, el campesino devino aceleradamente en artesano/artesana, nueva categoría política subsumida en las estrategias de gestión del Estado mexicano en la coyuntura del declive del modelo de desarrollo estabilizador. El trabajo artesanal subsidia una agricultura poco productiva, destinada a la reproducción del grupo familiar (Novelo 1976, 40). A la par que aumentaba la exacción de valor de estos espacios rurales vía la circulación de artesanías allende los hogares y los pequeños talleres familiares (Cook y Binford 1995), con el impulso de la producción artesanal como una alternativa de desarrollo se intentó administrar selectivamente el flujo de personas hacia los centros urbanos (Novelo 1976).

En Atla, la producción artesanal retuvo a un segmento de la población, especialmente madres de preescolares, mientras se incrementaba la movilidad de las generaciones más jóvenes –hombres y mujeres– a la Ciudad de México, convertida ya en destino fundamental de estos segmentos rurales relativamente sobrantes. En la

medida en que se va desdibujando la figura del jornalero agrícola estacional que se desplazaba hacia las zonas bajas de la Sierra, va configurándose la del trabajador/trabajadora que, sin desligarse del todo de las actividades agrícolas –en parcelas propias y/o como peones, dentro y fuera de la localidad– o artesanales, era absorbido intermitentemente por la industria de la construcción, labores de estiba en los mercados y trabajo doméstico en la capital del país. La historia de Cristina, de 47 años de edad, viuda a los 30, madre de cinco hijos, expresa este vaivén:

Cuando me quedé viuda primero me fui a trabajar en una casa a México. No podía hablar nada de español, allá aprendí. No me gustó porque ganaba muy poquito, pero aguanté como tres meses con tal de que a mis hijos no les falte nada. Venía cada 15 días y los niños estaban con mi mamá. Hace dos años todavía sembré, pero este año le presté los terrenos a mi sobrino; yo cobro 180 [pesos] por cuartillo.⁶ Raúl [mi hijo] ya no quiere trabajar en mis terrenos, trabaja para otros en la milpa (entrevista a Cristina, 2015).

Ante pérdidas personales y sucesivas oleadas de desposesión se despliegan “reacciones en cadena”, es decir, una variedad de respuestas que establecen las condiciones de posibilidad de otra serie de respuestas (Li 2010, 71). El primer evento migratorio de Cristina, obligado por su viudez, fue un factor que propició la acumulación de condiciones para iniciarse, años más tarde, en el comercio informal de bordados. Liberada de la atención de hijos pequeños y habiendo incorporado una disposición para desplazarse fuera del pueblo, se dedicó al comercio de prendas bordadas por ella o parientas y vecinas, estrategia de las mujeres que pueden ser reemplazadas en el trabajo doméstico y en la parcela durante ausencias temporales.

Hace 23 años [1992], empecé a salir a vender a Veracruz, me llevó una primita. Cuando no salía yo, vendía aquí mis bordados. Si no hiciera mi servilleta no podría vivir. Porque, aunque haya maíz, tiene que comprar uno con qué va a bajar la papa [el alimento]. Cuando no siembro el frijol junto con el maíz, pues tengo que comprar de todo (entrevista a Cristina 2015).

Nuevas movilidades. Rehaciendo la clase y las relaciones de género

La desincorporación del Instituto Mexicano del Café (INMECAFE) en 1989, en el marco de la privatización del campo mexicano (Macip 2005), originó nuevos procesos de desposesión por deudas, pauperizando aún más a estas poblaciones. “En

⁶ Un cuartillo, como unidad de medida, equivale a entre 800 y 1200 gramos y refiere lo sembrado en un décimo de hectárea. Resalta en el testimonio que en realidad no se trata de un “préstamo”, sino de una transacción económica que reporta beneficios a la propietaria de la parcela.

general, la alianza campesino-Estado que se forjó en Pahuatlán a través de la presencia del INMECAFÉ dejó a su paso un campesinado dependiente no solo de los apoyos gubernamentales extendidos por el Instituto, sino también [del] monocultivo de café” (Villegas 2017, 87). La pluriactividad de los hogares, la intensificación de la migración interna y la escalada de los desplazamientos a Carolina del Norte en la década de 1990 expresan la existencia de súper poblaciones relativas en esta región. De mayor importancia en la explicación de la masificación de la migración a Estados Unidos fueron las afectaciones de una fuerte nevada que antecedió a la devaluación del peso en 1995, cuando la moneda mexicana perdió más de 50% de su valor frente a la divisa estadounidense y los tipos de interés escalaron más de 100%. A esta cadena de infortunios se sumaron la caída del empleo y el descenso de los salarios en el país (Lustig y Székely 1997, 15). Cabe referir la severa crisis del subsector de la construcción a escala nacional (Binford y Churchil 2014, 96-97), importante nicho laboral de los habitantes de la Sierra.

Aunque los hogares mantuvieron su dependencia con los salarios devengados en empleos en zonas aledañas, la migración hacia Estados Unidos se aceleró: el flujo de trabajadores irregulares, originado años atrás en el pueblo otomí de San Pablito (D'Aubeterre y Rivermar Pérez 2014), se masificó irradiándose desigualmente en todo el municipio. Una activa política de reclutamiento facilitó la movilidad e inserción de trabajadores foráneos baratos en una desbocada industria de la construcción, los servicios y empresas procesadoras de alimentos en Carolina del Norte y en otros estados del *Nuevo New South* (Levine y LeBaron 2011). Esta región fue relanzada después de un proceso de desindustrialización que desincorporó fuerza de trabajo blanca, negra e indígena (Popke 2011).

La migración de primera salida en el municipio se canceló en el contexto de la crisis financiera estadounidense de 2007-2008, del desplome de la industria de la construcción y de la adopción de políticas migratorias más restrictivas. Sin embargo, el retorno no fue masivo y se sostuvo el envío de remesas (D'Aubeterre y Rivermar Pérez 2014). La migración de los atlecos a Estados Unidos fue comparativamente tardía, el ciclo migratorio se desplegó en apenas una década y nunca llegó a masificarse como ocurrió en San Pablito y la cabecera municipal, además, la participación de las mujeres fue restringida. Entre 2008 y 2015, realizamos sucesivas entrevistas a dos atlecas retornadas de Carolina del Norte en 2007. Ambas, siendo muy jóvenes, iniciaron sus trayectorias laborales en la Ciudad de México como trabajadoras domésticas y empleadas en restaurantes y fondas. En Estados Unidos también ocuparon trabajos precarios que modelaron sus experiencias como dependientes de un salario (D'Aubeterre y Rivermar Pérez 2018).

Adelina, de 25 años de edad, siendo soltera migró a Carolina del Norte en 2003. Allí se reencontró con Enrique, su novio también atleco, trabajador de la construcción, establecido en Wilmington años atrás. En esa ciudad portuaria procrearon dos

hijos. En 2008, Enrique fue deportado y todo el grupo familiar regresó a Atla. Al retornar, Adelina empezó a bordar para ganarse la vida y Enrique encontró empleo como policía en la cabecera municipal. Pese a los bajos salarios percibidos, Adelina añoraba los años en que, como empleada de McDonald's en Wilmington, "tenía su propio dinero para gastar".

Estas trabajadoras encarnan un nuevo sujeto rural, procedente de zonas rurales desarticuladas, disciplinado por su condición de extranjero irregular, deportable. Mientras los varones se mantienen en la industria de la construcción, la experiencia laboral de las mujeres es más errática, moldeada por el régimen de tiempo parcial en la industria restaurantera y en el trabajo de limpieza. En el afán de alcanzar las anheladas 40 horas semanales, que regularmente los hombres pueden incluso sobrepasar, ellas se convierten en trabajadoras híper móviles entre un empleo y otro. Su experiencia de clase las configura como sujetos plenamente disponibles: son capaces de hacer ajustes permanentes en sus vidas de acuerdo con las exigencias de horarios y calendarios. Sus bajos ingresos apuntalan la reproducción de hogares con "doble proveedor" (Fraser 2003) o resuelven las necesidades del grupo cuando no hay un segundo ingreso. El testimonio de Olga Domínguez, de 31 años de edad, madre de un adulto joven y una niña de seis años, muestra las experiencias de súper explotación de estas trabajadoras globales:

En el año de 2002 me fui a los Estados Unidos con mi pareja que conocí en México. Mi primer trabajo fue en una taquería en Durham. Un día el patrón me dice: "Se salió la cajera de la otra tienda, ahora tú te vas a ir allá". Ahí aprendí a hacer giros, cambiar cheques y me empezaron a pagar ya más o menos. Me salí de ahí y me fui a un restaurante, empecé de lava trastes. Entonces trabajaba dos turnos: de las 5 de la mañana a las 2 de la tarde en el restaurante y de las 4 de la tarde a las 11 y media de la noche en una compañía de limpieza. También los miércoles trabajaba haciendo limpieza en un laboratorio (entrevista a Olga Domínguez 2008).

Tras más de una década de ausencia, Olga regresó a Atla en respuesta a la solicitud expresa de su madre para retomar el cuidado de su hijo. Las remesas enviadas durante esos años se destinaron a la construcción de una vivienda habitada por abuela y nieto, y a la instalación de un pequeño comercio que proveía ingresos regulares al hogar monoparental. Reestablecida en Atla, Olga se asoció con un primo, también retornado de Carolina del Norte, y emprendieron el cultivo de jitomate en invernadero. El proyecto fracasó por las dificultades para comercializar el producto y los daños causados por una fuerte granizada.

Rápidamente Olga abrió otro negocio y amplió la oferta de productos de su tienda. No obstante, no pudo sufragar los gastos de la enfermedad terminal de su madre. Ahora, con una hija en edad escolar, está enteramente dedicada a mantener a flote su pequeño negocio que demanda el trabajo de su hermana, una sobrina y una emplea-

da. La experiencia de esta trabajadora retornada convertida en “pequeña empresaria” se refleja en la orientación subjetiva de los “migrantes emprendedores” a los que refiere Lem (2007, 388), interpelados por la ideología del “propietario independiente confiado en sí mismo”. Se trata de una contradictoria experiencia de clase y género que permite a Olga controlar recursos y librarse de la dependencia de un hombre proveedor, su autonomía se apuntala con la explotación del trabajo de otras mujeres.

La opacidad de dos categorías censales: “amas de casa” y “estudiantes”

La pluriactividad, como rasgo constitutivo de las poblaciones rurales y las movi- lidades que entraña, desafía la rigidez de categorías ocupacionales utilizadas en los censos de población para “hacer realidades complejas “legibles” en términos de inter- vención planificada” (Agudo Sanchíz y Estrada Saavedra 2017, 27). Así, en censos y encuestas, la definición de “artesana” no es fácilmente aprehendida como ocupación (Smith 2002, 2015). Cuando los estudiantes reportaron la combinación de activi- dades agropecuarias y extra-agropecuarias en sus hogares (70% de los estudiantes de telesecundaria y 49% de bachillerato), al menos una mujer se dedicaba al bordado de servilletas y blusas. Aunque sobre ellas recaen también tareas ligadas con la repro- ducción cotidiana del grupo familiar, estas mujeres no suelen referirse a ninguna de estas actividades como “trabajo”, tampoco sus hijos/hijas lo hicieron al responder el cuestionario. Ni siquiera los estudiantes que integran hogares que dependen exclu- sivamente de la producción artesanal de las mujeres refirieron esa actividad como “trabajo”. Tal invisibilidad se debe a que estas labores se realizan dentro del espacio doméstico y no hay un tiempo acotado para desempeñarlas, pero básicamente por no estar mediadas por un salario.

Solo fueron definidas como trabajo las actividades económicas que abuelas, ma- dres, hermanas o las estudiantes mismas realizan fuera del hogar como comercian- tes o trabajadoras domésticas, usualmente en horarios establecidos. Asimismo, los estudiantes distinguieron la actividad de “artesana” de la de “costurera”, realizada en pequeños talleres donde maquilan playeras y camisetas bajo un esquema de subcontratación que redirige el valor acumulado hacia otros sitios de la cadena pro- ductiva, rematando en una conocida empresa de pinturas que utiliza esas prendas para promover su marca comercial. Mientras que detrás de una prenda maquilada en un taller está un salario, la venta de una blusa o una servilleta bordada reporta un ingreso aleatorio, casi siempre sujeto al regateo entre la bordadora y el interme- diario o el cliente.

Bajo esquemas igualmente desregulados, jóvenes y niños de todo el municipio contribuyen a sus hogares con ingresos azarosos, “complementarios”, mediante la producción de una variedad de artesanías (bordados, bisutería de chaquira, papel

amate). Igual que mujeres adultas, ofrecen en calles y mercados del pueblo alimentos preparados en casa, leña, yerbas, frutas y hortalizas. Sigue vigente el trabajo de niñas y adolescentes en negocios o casas particulares de la villa mestiza. Se enmascara este trabajo al denotarlo como “ayudas”, no siempre remunerado con un salario. En estos acuerdos suelen mediar relaciones de compadrazgo entre padres y las empleadoras de sus hijas.

Asimismo, estudiantes, hombres y mujeres, cuyas edades oscilan entre los 15 y 20 años de edad, son reclutados en el pueblo por enganchadores foráneos. El valor producido por estas/estos jóvenes –supuestamente todavía dependientes de sus mayores y en proceso de formación escolar con miras a incorporarse a la “vida adulta y productiva”– es absorbido intermitentemente. La categoría “estudiante” obscurece en los censos de población la precarización del trabajo y formas de proletarización parcial de menores de edad que, lejos de ser excepcionales y anómalas, son la norma en la formación de esas “nuevas” clases trabajadoras.

Muchachas y muchachos son enganchados en Atla desplazándose en períodos vacacionales a Chiconcuac (Estado de México), empleándose como dependientes de puestos de ropa. Ellas además trabajan como sirvientas en las casas de los dueños de esos negocios. Aún durante el período escolar unas y otros se integran en la fase final de una producción-comercialización de flores en mercados allende la región. Se trata de un flujo migratorio estacional, discreto y escurridizo, difícil de ser captado en los censos o por el ojo de un etnógrafo inexperto. Estas formas de enganche han configurado la experiencia de generaciones pretéritas y actuales, disciplinadas en la idea de que su sobrevivencia depende de la plena disponibilidad para desplazarse más allá de sus localidades. Internalizan estas prácticas como un aspecto duradero de sus estrategias para conseguir trabajo (Binford y Churchill 2014, 100).

La escuela configura una forma de dependencia y anclaje en el lugar que, según se declara en los programas gubernamentales dirigidos a los pobres extremos, intenta prevenir la migración. Los estudiantes recibían en 2008 la beca Oportunidades, hoy Prospera, que los dotaba en promedio de 945 pesos bimensuales. Pero tales “formas de dependencia” alentadas por el Estado mediante políticas focalizadas no logran retenerlos en la localidad. La escuela es una estación que abandonarán, más temprano que tarde, para seguir la ruta de la inestabilidad del trabajo precario que marca las vidas de jóvenes con escasas probabilidades de proseguir carreras escolares.

A diferencia de las generaciones precedentes, los jóvenes de hoy tienen un pie en el sistema escolar y otro en actividades económicas difíciles de clasificar. En ese movimiento pendular, unos oscilan entre el trabajo asalariado en Atla, la cabecera municipal y las ciudades; otros permanecen confinados en el trabajo familiar impago dentro y fuera de las parcelas. La inserción intermitente de esta fuerza de trabajo resuelve la aparente tensión entre movilidad/inmovilidad de los jóvenes que, de forma velada, contribuye a la acumulación de capital.

Conclusiones

En el centro y sur de México proliferan mercados laborales precarios, añejos y emergentes, de baja calificación y remuneración (Macip y Flores 2017) apuntalados mediante la provisión sostenida de fuerza de trabajo indígena y campesina, integrante de una “súper población relativa” que se desplaza estacionalmente y retorna a sus poblados de origen a la espera de su demanda. Durante las dos últimas décadas, la contención de los flujos migratorios hacia Estados Unidos por políticas migratorias más restrictivas ha reconfigurado este escenario de movilidades en la zona de estudio.

Nuestra intención ha sido documentar la migración no solo como un fenómeno sociodemográfico, sino las condiciones y experiencias de clase en los diversos sitios en los que se acumula el valor y se transfiere lejos de los productores en períodos de movilidad e inmovilidad. Los mecanismos por medio de los cuales se extrae el excedente se reinventan cíclicamente y los flujos de valor se reconfiguran irradiándose hacia múltiples sitios, aprovechando disposiciones de clase, género y edad bajo viejas y rediseñadas formas de explotación.

En los cañales, los trapiches y las huertas cafetaleras, hombres y mujeres oriundos de Atla entraron en relaciones de explotación, rehaciéndose históricamente la clase de manera selectiva en atención al género y la etnia. Este proceso está atravesado por la inestabilidad y erráticas experiencias laborales moldeadas por desplazamientos dentro y fuera de la región y del país. En el caso de las mujeres, esta experiencia sigue su curso en el trabajo artesanal dentro del hogar enmarañado con los quehaceres domésticos o, más recientemente, en la industria maquiladora y los servicios en ciudades cercanas o en Estados Unidos. Acumulan en sus trayectorias de vida períodos de movilidad restringida por relaciones de dependencia y, en otros, circulan “libremente”.

La proletarización de estas poblaciones no es una fuerza externa que opera sobre una materia prima indeterminada y uniforme, transformándola en una “nueva estirpe de seres” (Thompson 1989, 203). En una perspectiva ya delineada por Thompson (1989) desde la década de 1960 y posteriormente retomada por diversos autores (Kalb 2015; Smith 2015; Carrier 2015), nuestro acercamiento etnográfico permite subrayar la idea de la clase más que como estructura o categoría, como un proceso histórico.

La propuesta de Smith (2015), retomada en este trabajo, nos lleva a insistir en la centralidad de la clase en la vida de las personas y a reconocer que la clase no se limita a la experiencia de trabajo colectivo en una fábrica ni a la distinción entre el dueño de una fábrica y trabajadores disciplinados. En esa perspectiva, reparamos en la experiencia de clase de amas de casa y estudiantes no pensados usualmente como sujetos económicos, para hacer visibles flujos de valor del trabajo lejos de estas personas hacia diversos sitios, bajo formas complicadas y cambiantes procesos, difícilmente reconocibles en los entornos rurales.

Bibliografía

- Agudo Sanchíz, Alejandro y Marco Estrada Saavedra. 2017. “Introducción. El Estado o los efectos de poder en la incertidumbre y la fragmentación”. En *Estatalidades y soberanías disputadas. La reorganización contemporánea de lo político en América Latina*, editado por Alejandro Agudo Sanchíz, Marco Estrada Saavedra y Marianne Braig, 9-43. México: El Colegio de México.
- Arizpe, Lourdes. 1972. *Parentesco y economía en una sociedad nahua*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Binford, Leigh. 2003. “Migración acelerada entre Puebla y los Estados Unidos”. En *Etnografía del estado de Puebla, Puebla centro*, editado por Elio Masferrer, 58-67. México: Secretaría de Cultura del Estado de Puebla, Gobierno del Estado de Puebla.
- Binford, Leigh y Nancy Churchill. 2014. “Economía local. Trabajo regional y migración internacional en Chautla, Puebla. 1960-2010”. En *¿Todos vuelven? Migración acelerada, crisis de la economía estadounidense y retorno en cuatro localidades del estado de Puebla, México*, editado por Eugenia D’Aubeterre y Leticia Rivermar Pérez, 89-116. México: BUAP.
- Carrier, James G. 2015. “The Concept of Class”. En *Anthropologies of Class Power, Practice and Inequality*, editado por James G. Carrier y Don Kalb, 28-40. Cambridge: Cambridge University Press.
- Chamoux, Marie-Noëlle. 2006. “¿Hacia el indio nuevo? De lo global a lo local y a la inversa en pueblos nahuas del norte de Puebla”. *TRACE* 50: 34-49.
- Cook, Scott y Leigh Binford. 1995. *La necesidad obliga. La pequeña industria rural en el capitalismo mexicano*. México: Conaculta.
- D’Aubeterre Buznego, Eugenia y Leticia Rivermar Pérez. 2018. “Poblanas en el nuevo *New South* (Carolina del Norte). Migración acelerada, patrones emergentes de migración femenina y trabajo precario”. *Migraciones Internacionales* 10 (1): 65-92.
- _____. 2014. “From Amate Paper Making to Global Work: Otomí Migration from Puebla to North Carolina”. *Latin American Perspectives*: 118-136.
- De Genova, Nicholas y Nathalie Peutz, eds. 2010. *The Deportation Regime: Sovereignty, Space, and The Freedom of Movement*. Carolina del Norte: Duke University Press.
- Fraser, Nancy. 2003. “¿De la disciplina hacia la flexibilización? Releyendo a Foucault bajo la sombra de la globalización”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 46 (187): 15-33.
- Galinier, Jacques. 1987. *Pueblos de la Sierra Madre. Etnografía de la comunidad otomí*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- García, Bernardo. 1987. *Los pueblos de la Sierra: el poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*. México: El Colegio de México.

- Green, Linda. 2009. "The Fear of No Future: Guatemalan Migrants, Dispossession and Dislocation". *Anthropologica* 51 (2): 327-341.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía de México). 2010. *Censo de población y vivienda*. Acceso el 20 de agosto de 2011.
http://www3.inegi.org.mx/sistemas/iter/consultar_info.aspx
- Kalb, Don. 2015. "Introduction: Class and the New Anthropological Holism". En *Anthropologies of Class Power, Practice and Inequality*, editado por James G. Carrier y Don Kalb, 1-27. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lastra, Yolanda. 1980. *Náhuatl de Acaxochitlán*. México: Archivo de Lenguas Indígenas, Colegio de México.
- Lem, Winnie. 2007. "William Roseberry, Class and Inequality in the Anthropology of Migration". *Critique of Anthropology* 27 (4): 377-394.
- Levine, Elaine y Alan LeBaron. 2011. "Immigration Policy in the Southeastern United States: Potential for Internal Conflict". *Norteamérica* 6: 5-32.
- Li, Tania Murray. 2010. "To Make Live or Let Die? Rural Dispossession and the Protection of Surplus Populations". *Antipode* 41 (1): 66-93.
- Lustig, Nora Claudia y Miguel Székely. 1997. *México: evaluación económica, pobreza y desigualdad*. Acceso el 18 de junio de 2017.
<http://fundacionmerced.org/bibliotecadigital/wp-content/uploads/2013/05/M%C3%A9xico-Evoluci%C3%B3n-econ%C3%B3mica-pobreza-y-desigualdad-Lustig.pdf>
- Macip, Ricardo Francisco. 2005. *Somos un país de peones: café, crisis y estado neoliberal en el centro de Veracruz*. México: ICSyH / BUAP.
- Macip, Ricardo Francisco y María de Lourdes Flores. 2017. "Multiculturalismo y mercados laborales en el centro-sur de México". *Entreciencias: Diálogos en la Sociedad del Conocimiento* 5 (13): 72-95.
- Marx, Karl. 2009. *El capital. Crítica de la economía política* 1. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Mintz, Sidney. 1996. *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna*. México: Siglo XXI.
- Mohl, Raymond A. 2003. "Globalization, Latinization, and the Nuevo New South". *Journal of America Ethnic History*: 31-66.
- Montoya, José de Jesús. 1964. *Atla: etnografía de un pueblo náhuatl*. México: INAH.
- Mora, Libertad. 2011. "Dinámicas migratorias en Pahuatlán: municipio de indígenas y mestizos en la Sierra Norte de Puebla". Tesis para Maestría en Antropología Social, CIESAS, Xalapa.
- Narotzky, Susana y Gavin Smith. 2010. *Luchas inmediatas. Gente, poder y espacio en la España rural*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Novelo, Victoria. 1976. *Artesanías y capitalismo en México*. México: Centro de Investigaciones Superiores / INAH / SEP.

- Popke, Jeff. 2011. "Latino Migration and Neoliberalism in the US South". *Southeaster Geographer* 51 (2): 242-259.
- Rappo, Susana Edith, Rosalía Vázquez, Marisela Amaro y Xóchilt Formacio. 2015. "La disputa por los territorios rurales frente a la nueva cara del extractivismo minero y los procesos de resistencia en Puebla, México". *Revista NERA, Edições Especial* 18 (28): 206-222.
- Roseberry, William. 1976. "Rent and Differentiation and Development of Capitalism among Peasants". *American Anthropologist* 78 (1): 45-58.
- Ruvalcaba, Jesús. 1991. *Sociedad y violencia. Extracción y concentración de excedentes en la huasteca*. México: CIESAS / SEP.
- Signorini, Italo y Alessandro Luppo. 1989. *Los tres ejes de la vida. Alma, cuerpo, enfermedad entre los nahuas de la Sierra*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- Smith, Gavin. 2015. "Through a Class Darkly, but them Face to Face: Praxis through the Lens of Class". En *Anthropologies of Class. Power, Practice, and Inequality*, editado por James Carrier y Don Kalb, 72-88. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____. 2002. "Out of Site: The Horizons of Collective Identity". En *Culture, Economy, Power. Anthropology as Critique, Anthropology as Praxis*, editado por Winnie Lem y Belinda Leach, 235-248. Albany: State University of New York Press.
- Taggart, James M. 1975. *Estructura de los grupos domésticos de una comunidad de habla náhuat de Puebla*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Thompson, Edward P. 1989. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Villegas, Diana. 2017. "De beneficiarios a emprendedores. Sujetos rurales neoliberales del municipio de Pahuatlán, Sierra Norte de Puebla". Tesis para Doctorado en Sociología. México: ICSyH / BUAP.
- Wolf, Eric. 1987. *Europa y la gente sin historia*. México: FCE.

Entrevistas

- Entrevista a Calixto Castelán, Pahuatlán de Valle, 2008.
- Entrevista a Cristina, Atla, Pahuatlán, 2015.
- Entrevista a Dominga Atla, Pahuatlán, 2009.
- Entrevista a Lupita, Atla, Pahuatlán, 2009.
- Entrevista a Olga Domínguez Atla, Pahuatlán, 2008.
- Entrevista a Pedro de la Cruz, Atla, Pahuatlán, 2009.